

LETRAS

Letrillas

LETRONES

POLÍTICA

LAS PRUEBAS CONTRA HILLARY CLINTON

La semana pasada, al ver el nombre *Hillary* en un titular —un titular acerca de una vida de grandes logros— sentí cómo un ratón correteaba por el ático de mi memoria. Después, logré recordar cómo fue que, en el pasado, una y otro Hillary se mencionaban en una misma frase. En un viaje de buena voluntad de la primera dama por Asia en abril de 1995 —esa clase de viaje banal que ahora ella reivindica como parte de su “experiencia” en política exterior—, la señora Clinton había estado en Nepal y había coincidido brevemente con el fallecido sir Edmund Hillary, conquistador del Everest. Siempre dispuesta a sacar el mayor provecho del momento, anunció que su madre le había puesto Hillary en homenaje a aquel famoso e intrépido explorador. La afirmación funcionó y fue repetida en otras ocasiones, e incluso apareció en las memorias de Bill Clinton casi una década más tarde, como un ejemplo más de la tradición de valentía de la que participa la senadora por Nueva York.

La senadora Clinton nació en 1947, y sir Edmund Hillary y su compañero Tenzing Norgay no coronaron el Everest hasta 1953, de modo que la histo-



Hillary Clinton, en el punto de mira

ria era evidentemente falsa y finalmente se vino abajo ante una rápida comprobación de las fechas. Una portavoz de la senadora Clinton llamada Jennifer Hanley lo dijo de esta forma en una declaración de octubre de 2006 en la que reconoció que la fábula era falsa pero, de todos modos, enternecedora: “Fue una tierna historia familiar que su madre contaba para inspirarle grandeza a su hija. Con grandes resultados, puedo decir.”

Perfecto. Funcionó, en otras palabras, pese a ser inventada mucho después de que sir Edmund se convirtiera en un personaje famoso, pero ahora ya no sirve y su falsedad puede atribuirse sin dudarle a mamá. Pero ¿no es todo —todo, todos y cada uno de los episodios

y detalles de la saga Clinton— exactamente así? ¿Y no es una parte de ello un poco más grave? Para la senadora Clinton, algo es verdad si valida el mito de su lucha y su “grandeza” (su arrogante ambición, en otras palabras) y sólo deja de ser verdad cuando deja de servir ese ilimitado objetivo. Y se supone que todos debemos aplaudir la habilidad y la valentía a cara descubierta con que se hace. En las primarias de New Hampshire de 1992, mintió a sabiendas acerca de la incontenible vida sexual de su marido y le dejó eternamente en deuda con ella. Ahora eso se considera, y así se ha dicho por escrito, como una pura decisión inteligente de su parte. En los *caucus* de Iowa de 2008, él le devuelve el favor diciendo una inmensa mentira

acerca de su historial relacionado con la guerra de Iraq, afirmando falsamente que se opuso a la intervención desde el principio. Esto es considerado, y se dice por escrito, como un puro error táctico de su parte: está intentando ayudar a su esposa con demasiado énfasis. La pareja feliz se ha unido ahora en una explicación igualmente mendaz de lo que pensaban sobre Iraq y de cuándo lo pensaban. ¿Qué hace falta para que rompamos este embrujo barato y nos despertemos y preguntemos qué diablos estamos haciendo cuando convertimos el drama familiar de los Clinton —una vez más— en una parte central de nuestra vida política?

¿Qué hay que olvidar o pasar por alto para desear que este clan disfuncional ocupe de nuevo la Casa Blanca y se halle de nuevo en posición de alquilar el Dormitorio Lincoln a donantes de dinero para su campaña y para utilizar el Despacho Oval como salón de masajes? Hay que ser capaz de olvidar, primero, lo que les sucedió a los que se quejaron, o dijeron la verdad, la última vez. Con frecuencia, gente que trata de demostrar lo madura que es y lo poco escandalizada que está afirma que lo único que Clinton hizo para que se le iniciara un proceso de destitución fue mentir acerca del sexo. Eso no es cierto. En realidad, aquello sobre lo que mintió, en el perjurio que también le valió la inhabilitación como abogado, fueron las *mujeres*. Y lo que eso implicó fue una sostenida campaña de difamación, apoyada por sabuesos y empleados del gobierno, contra mujeres que creo que estaban diciendo la verdad. En mi opinión, Gennifer Flowers estaba diciendo la verdad, al igual que Monica Lewinsky, al igual que Kathleen Willey, al igual, no lo olvidemos, que Juanita Broadrick, la mujer que dice que fue violada por Bill Clinton. (Para más información sobre esto, ver el capítulo “¿Hay un violador en la Casa Blanca?” en la versión de bolsillo de mi libro *No One Left To Lie To* [Ya no queda nadie a quien mentirle]. Este ensayo, puedo decir modestamente, nunca ha sido cuestionado por parte de

ningún miembro del legendario equipo de “respuesta rápida” de Clinton.) Pero uno no para de leer que ambos Clinton, incluida la mujer que ayudó a intensificar las calumnias contra sus maltratadas hermanas, son magníficos en los “asuntos de la mujer”.

Uno también oye constantemente que esa horrible ocupación compartida de la mansión ejecutiva fue buena y que dio “experiencia” a la despreciada y muy engañada esposa. Bueno, la principal “experiencia” fue dar al traste con la planificación de la seguridad social de la nación haciéndola considerablemente peor de lo que era antes y dar pie a la peor opción posible, la llamada HMO [Organización para el Mantenimiento de la Salud], combinando el mayor de los dispendios capitalistas con la mayor de las burocracias socialistas. La catástrofe resultante, disculpada por alguna razón que soy incapaz de comprender, fue responsabilidad de la mujer que ahora parece pensar que le da derecho a la presidencia. Pero hubo otra “experiencia”, esta vez en calidad de colaboración, que es más significativa.

Durante el debate en el Senado sobre la intervención en Iraq, la senadora Clinton hizo un uso considerable de sus conocimientos y su “experiencia” para decir que sí, que Saddam Hussein era sin duda una amenaza. No lo afirmó así a partir de la posición adoptada por el gobierno Bush sino que puso énfasis en el punto de vista, adoptado tanto por su marido como por Al Gore cuando gobernaban, de que una última confrontación con el régimen baathista era más o menos inevitable. Ahora bien, no importa especialmente si uno estaba de acuerdo o no con eso (por una vez, yo lo estuve y lo estoy). Lo que importa es que desde entonces ha alterado su postura e intentado, con la ayuda de su marido, hacer que la gente olvide cuál fue esa postura. Y esto, en un grave asunto de honor y seguridad nacionales, sólo para influir en su posición a corto plazo en los *caucus* de Iowa. ¿No debería esto ser suficiente para descalificarla como opción? Indiferente a la verdad, dispuesta a utilizar tácticas de estado poli-

cial y vulgares libelos contra testigos inconvenientes, inepta en el sistema de salud y cambiante y olvidadiza con la seguridad nacional. Las pruebas contra Hillary Clinton como aspirante a la presidencia son evidentes. Por supuesto, frente a todas estas consideraciones uno puede preferir la nueva idea, de moda y con la gravedad propia de los medios de comunicación, de que podría echarse a llorar.

— CHRISTOPHER HITCHENS

Traducción de Ramón González Ferriz

© Slate

PALABRAS E IDEAS

NADINE GORDIMER AL PIE DEL CAÑÓN

En abril de 1922, dos meses después de que Sylvia Beach publicara en París el *Ulises* de Joyce, nació el PEN Club Català, el tercero más antiguo del mundo y uno de los más activos, como prueba el hecho de que, para celebrar su 85 aniversario y con motivo del Día Internacional del Escritor Encarcelado, el 15 de noviembre, organizara unas jornadas tituladas *Esriptura en perill* (*Escritura en peligro*) y consagradas al debate acerca de la mujer y la escritura, de los derechos lingüísticos y la libertad de expresión y de las ciudades-refugio que, como Barcelona, Bruselas, Frankfurt, Estocolmo u Oslo, hermanadas en la red ICORN (International Cities of Refugee Network), dan cobijo a quienes se ven acallados y perseguidos en el mundo entero bajo la peregrina acusación de escribir, de transmitir ideas a través de la escritura. El PEN Català no podía haber elegido mejor el hada madrina de sus jornadas: Nadine Gordimer (Sudáfrica, 1923), Premio Nobel en 1991 y autora de excelentes novelas escoradas sin remedio hacia el compromiso, como *La hija de Burger* (1979), su buque insignia, *Historia de mi hijo* (1984) o la última, espléndida y escrita ya desde la atalaya de la tercera edad, *Atrapa la vida* (2005). Menuda, dama de hierro

de fuerte carácter pero coqueta al fin y al cabo, elegante a sus 84 años (vestigio de una belleza que lució siempre en algunas cubiertas de sus libros como si fuese una actriz), exhibe aún una vitalidad que parece no haber menguado ni un ápice desde su combativa resistencia durante los años enrarecidos de Soweto, y sigue involucrada como el primer día en la inacabable tarea de defender la fortaleza de la libertad de expresión y el compromiso del intelectual y el escritor con la denuncia de cualquier censura y de cualquier connivencia con los poderes espurios o los gobiernos totalitarios, conceptos a los que se refiere en los ensayos “A Writer’s Freedom” (1975), “Relevance and Commitment” (1979) y “The Essential Gesture” (1984), reunidos en *The Essential Gesture. Writing, Politics & Places* (Jonathan Cape, 1988), un volumen indispensable en la bibliografía de Nadine Gordimer, y seguramente el más importante de su dimensión solidaria, activista y comprometida, en el que expuso con meridiana claridad precisamente algo muy semejante a unos estatutos del compromiso literario, caballo de batalla de una obra como la suya, nacida desde su primer relato de la sospecha de que el escritor que se construye una torre de marfil desentendiéndose de la sociedad en la que escribe pierde sin remedio buena parte de las virtudes que lo legitiman. El enfrentamiento cultural, racial, auspiciado por el *apartheid* que ensombreció su país desde su infancia, explica que su toma de conciencia resultara precoz, y que su idea de literatura comprometida, cuando no de novela política, recorra su obra entera, hasta el punto de sentir la imperiosa urgencia de decir, en voz alta y clara, en forma de hermosísimo aforismo o de advertencia clarividente, que “Responsability is what awaits outside the Eden of creativity. The creative act is not pure” (“The Essential Gesture”, *The Essential Gesture. Writing, Politics & Places*, edición de bolsillo de Penguin, Londres, 1989, p. 285). Escribid, escribid, malditos, cread ficciones hasta reventar, pero sabed que fuera de la burbuja de vuestra ficción os aguarda, lo queráis

o no, la responsabilidad del compromiso. Otros ensayos reunidos en este volumen primordial para entender el alcance del compromiso y la lucha por las libertades de la autora sudafricana, como “The Unkillable Word” (1980) o “Censors and Unconfessed History” (1980), tratan de la censura de libros, un modo abyecto de censurar en realidad a quienes los escriben, y entre la censura de última generación tal vez se encuentre la tecnología, cuya relación con la literatura analiza en su conferencia barcelonesa: *La imagen y el cambio. Los retos de la literatura en la era tecnológica*. Ni habla ni lee español, pero nos explica que siguió como pudo, a través de la prensa inglesa, los desafueros del franquismo y el proceso de la transición española. Leyó a García Lorca, y a través de su poesía se asomó al drama español. Me pregunta por las instituciones culturales catalanas bajo el franquismo, cómo se trató la lengua catalana y qué formas hubo de censura. Caminando por el centro histórico nos paramos en El Indio, una tienda de telas de 1870 que le recuerda el pasado colonial, tan presente en su país, y más tarde se sorprende al saber que *Les demoiselles d’Avignon* de su adorado Picasso nada tienen que ver con la ciudad de los Papas, sino con una calle del Barrio Gótico de Barcelona por la que paseamos, y en la que descubre una popular tienda de alpargatas calzadas en un anuncio por el mismísimo Dalí, al que conoció en una retrospectiva en Londres, y al que asocia con Lorca. Gaudí le tiene un poco sin cuidado, en cambio le gusta saber que en la Sala Parés de la calle Petritxol expusieron Picasso y Picabia, y que en el Ateneu de la calle Canuda André Breton proclamó también la buena nueva del surrealismo. A una mujer tan sensible en todo aquello que atañe a cuestiones humanitarias, a la concordia entre pueblos y al milagro del ser humano perpetuándose a través del producto de su propio talento —un cuadro tanto como un poema o un cuento a veces escrito con pluma y sangre— le entusiasma cada prueba irrefutable de que el arte, o el intento de alcanzarlo, supera tarde o temprano



Nadine Gordimer.

los obstáculos que el Estado o la historia social le imponen. No ha acudido a Barcelona a otra cosa que a contribuir una vez más a que así sea, pero a nadie le amarga un dulce, y por eso sonrío feliz junto a su editora, Ana M^a Moix, en la Librería La Central, cuando se ve a sí misma abrazada por su amigo Günter Grass en la foto que les hizo hace ya unos años su amiga Inge Feltrinelli. En esa foto Mrs. Nadine Gordimer comprueba con ironía el paso del tiempo, y en las horas que ha estado en Barcelona comprobamos nosotros que ella sigue ahí, al pie del cañón, sin su melena rubia pero con su carácter y afán de lucha intactos, procurando de verdad que nadie seque por la fuerza la tinta de quien desee escribir para comunicar. Y al despedirla recordamos la célebre frase de Paul Valéry: “La literatura no se hace con ideas sino con palabras”, y pensamos, releendo a Gordimer en la memoria, si por una vez no sería mejor decirlo al revés. —

— JAVIER APARICIO MAYDEU

CIENCIA

LA SUPRESIÓN DE RECUERDOS

En el número 317 de la revista *Science* (13 de julio, 2007) llama la atención un artículo: “Prefrontal Regions Orchestrate Suppression of Emotional Memories via a Two-Phase Process” (“Las regiones pre-frontales [del cerebro] coordinan la supresión de recuerdos emotivos a través de un proceso de dos fases”), debido a un equipo de investigadores coordinado por Brendan Depue.

El trabajo de Depue y sus colegas del Departamento de Psicología de la Universidad de Colorado en Boulder es atractivo porque trata de un tema que reside en la frontera entre las novelas de espías y realidades cotidianas como la dificultad para asociar una evocación específica con su origen o sus circunstancias. Existen documentos del dominio público que describen programas de agencias gubernamentales de Estados Unidos y la antigua Unión Soviética en los que paradójicamente se experimentó con las mismas drogas y procedimientos con la intención de suprimir recuerdos específicos en espías amistosos (presumiblemente para que no pudiesen confesar) y agilizar interrogatorios en agentes enemigos (a cantar se ha dicho). Así, en aras de la seguridad nacional, colaboradores voluntarios e involuntarios partieron en viajes patrocinados por dosis generosas de LSD, mescalina y otras drogas. Y como sucede con los alucinógenos, algunos no han regresado o su boleto de regreso los destinó a viajes con escalas en la demencia o la depresión clínica.

Es bueno mantener una sana (y elevada) dosis de escepticismo al examinar la evidencia que se discute en la prensa no especializada, pero el lector podrá acceder directamente a los *dossiers* a través de páginas de la red como <http://www.informationclearinghouse.info/article13845.htm>; o hacer sus propias investigaciones

en documentos liberados por la CIA, como los que se encuentran en la Princeton Collection (<http://www.foia.cia.gov/princeton.asp>). Los experimentos que hacían la CIA y la KGB prueban que aun los países más poderosos del mundo pueden desdeñar el método científico y embarcarse en pesquisas sin rumbo y sin fundamento. Eso sucedió como respuesta a la realidad y la paranoia propias de la Guerra Fría y se puede explicar porque la necesidad de mantener en secreto sus métodos y resultados eliminó el escrutinio y la retroalimentación de colegas imparciales.

Por supuesto que el experimento de Depue y sus colegas no es parecido en método o diseño a los de la CIA y la KGB. Hoy en día hay técnicas que permiten visualizar regiones del cerebro y distinguir aquellas que trabajan más (que tienen más actividad metabólica) durante situaciones o tareas específicas. Depue y sus colaboradores dividieron a los sujetos de su experimento en dos grupos y a ambos se les mostraron secuencias de dos fotografías. En cada secuencia la primera era una cara humana y la segunda una fotografía que genera una respuesta emocional como puede ser la de un accidente automovilístico. A cada participante se le presentaron varias secuencias. A los miembros del primer grupo se les pidió que hiciesen lo posible por asociar la fotografía de la persona con la segunda fotografía. A los miembros del segundo grupo se les pidió que hiciesen lo posible por no asociar las fotografías. No fue sorprendente que los miembros del primer grupo pudiesen recordar las fotografías “emotivas” al mostrárseles las fotografías de las caras ni que el segundo grupo se comportase a la inversa.

Hasta este punto se podría argumentar que los sujetos estaban sesgados y que la metodología tiene debilidades. Sin embargo, al estudiar las imágenes de actividad cerebral se encontraron patrones distintos en la respuesta del cerebro a través del

tiempo y se descubrió que las regiones cerebrales más activas durante el experimento variaban significativamente entre los dos grupos. Estos resultados sugieren que la vida de nuestros recuerdos depende de una batalla entre mecanismos que operan en regiones distintas del cerebro. La evocación de una situación que intuitivos placentera pero que no podemos asociar con un hecho concreto, la imagen del accidente terrible que no podemos sacar de nuestras mentes y la oscilación obsesiva entre ambas pueden explicarse por estos mecanismos. El destino práctico de esta investigación es encontrar fármacos u otro tipo de terapias que permitan restablecer mecanismos cerebrales dañados.

El informe de Depue y los experimentos de la CIA y de la KGB —que hoy se conocen gracias a la reciente apertura de *dossiers* confidenciales— representan esfuerzos contrastantes y aleccionadores. No siempre los proyectos con mayor presupuesto, acceso a sujetos experimentales y apoyo gubernamental, son los que arrojan más luz sobre problemas o preguntas importantes. Por otro lado un experimento simple, con bajo riesgo y bajo costo, arroja evidencia primigenia para entender cómo trabaja la mente humana. Es muy posible que este informe constituya un parteaguas; ¿qué regiones del cerebro son las más activas cuando el escritor escribe?, ¿cuando el soñador sueña?, ¿cuando el asesino maquina?; ¿qué regiones del cerebro luchan para prevenir que el honrado estafe?, ¿que el héroe se sacrifique? Será difícil diseñar experimentos para contestar las dos últimas preguntas pero no las tres primeras. Tal vez algún día entenderemos si los habitantes de un país en el que predomine la amnesia histórica comparten un proceso común. Los investigadores mexicanos podrán encontrar con facilidad sujetos de estudio apropiados para este tipo de investigación... —

— PEDRO PRIETO

GASTRONOMÍA

EL COCINERO
CURIOSO

Hace poco más de veinte años era impensable. Hace poco más de veinte años, cuando la fascinación por la gastronomía empezó a gestarse en el mundo occidental, era impensable, a casi nadie se le había ocurrido. Existieron solitarios y primerizos esfuerzos, como el famoso *The Making of a Cook* de Madeleine Kamman, cuya primera edición data de 1971, o los dos volúmenes de *Mastering the Art of French Cooking* (1961-1970) y *The French Chef Cookbook* (1968) de Julia Childs, donde las señoras Kamman y Childs dedicaban espacio, lecturas, sudor y tiempo a explicar, como nadie había hecho, el detrás de la cámara, la trastienda química, de la cocción y demás procesos de gestación de nuestros alimentos.

Tuvo que llegar un profesor de literatura de la Universidad de Yale, chef aficionado y curioso profesional, que un buen día, en una cena con amigos, se vio en apuros a la hora de responder a un comensal que inquiría: “¿Por qué las alubias son un alimento tan problemático?” Un biólogo también sentado a la mesa acudió en auxilio explicando que el problema pasaba por los “azúcares indigeribles”. La pregunta y la respuesta quedaron rondando por la cabeza de nuestro curioso profesor que, ya en la biblioteca, tomándose un descanso de la poesía del XIX, se fue a buscar libros sobre alimentación, en los que, buceando entre páginas y más páginas de especializados e inaccesibles volúmenes científicos, fue encontrando respuestas a todas y cada una de esas preguntas que se ha hecho cualquier cocinero aficionado enfrentado a una tabla de picar o al fuego de una hornilla, esas preguntas que cualquier niño con una manzana o un trozo de carne entre las manos le ha hecho una y mil veces a sus desorientados padres. “¿Por qué los huevos se solidifican cuando los cocinamos? ¿Por qué las frutas se ponen marrones

cuando las cortamos? ¿Qué clase de alubias son las más agresivas?”

De esa curiosidad, de ese provechoso *break*, surgió el libro más influyente que ha parido la literatura gastronómica en las últimas tres décadas, ese volumen “deliciosamente inmanejable”, en palabras de otro cocinero aficionado de excepción, Bill Buford: *La cocina y los alimentos*, obra del otrora catedrático de literatura y ahora científico culinario Harold McGee.

Para entendernos rápidamente, volveré a apropiarme de las palabras de Buford: cuenta éste que cuando llegó a trabajar en la cocina de Babbo (Buford da cuenta de ello en *Calor*, Anagrama, 2007), el restaurante de su amigo Mario Batali, se encontró con dos clases de personas: aquellos que habían asistido a una escuela de cocina y aquellos que no, entre los segundos el mismo Batali. “Lo que se necesita para ser cocinero, insistía Mario, no era tomar clases sino trabajar—en un restaurante de primer orden— provisto de las herramientas que te ofrecía la lectura de tu McGee en casa”.

Y así es. Quizá suene un poco exagerado, quizá suene a elogio desmedido, pero no, todo, absolutamente todo lo que usted necesita saber se encuentra en el McGee, que es como, ya se habrá dado cuenta, se llama cariñosamente a esa enciclopedia del placer que lleva por título *La cocina y los alimentos*. Así, para decirlo rápidamente y con ganas de regalar un titular, Harold McGee sería una suerte de Diderot de la cocina. Nadie, nadie antes de él, se había propuesto reunir en un solo volumen toda la información disponible acerca de la inmensa variedad de productos que, a lo largo y ancho del globo, los humanos nos metemos a la boca.

Así que, aunando sus por entonces desconocidos talentos como historiador, científico y escritor, Harold McGee escribió y publicó en 1984 la primera versión de su particular enciclopedia, que alcanzó un éxito abrumador, jamás anticipado por el propio autor ni sus editores: “Nunca hubiera podido prever que la gente tendría este apetito

inagotable por información acerca del chocolate, el café o el té. Por no hablar de las espumas, la caramelización o los ácidos grasos trans”, dice McGee.

Hoy parece imposible, pero McGee debió enfrentarse a la renuencia de la escuela tradicional, que opinaba que “comprender los alimentos era menos importante que dominar las técnicas consagradas para prepararlos”. *Consagradas*. He ahí la clave. La cocina, hasta el advenimiento de McGee, hasta la gran revolución empezada a finales de los setenta y principios de los ochenta, era una suerte de culto religioso transmitido de padres a hijos, de maestros a discípulos, sacramentada en respetables recetarios donde nadie, ni esos hijos, ni esos discípulos, ni esos padres o esos maestros en su momento, se preguntaba nunca por qué. O, si se lo preguntaba, se le respondía: porque así es. Como en la fe. “Como cocinero—dice McGee— yo quería creer que los chefs tenían razón, que su experiencia, el hacer las cosas de la misma forma una y otra vez, debía probar algo. Pero como científico, rápidamente pude ver que muchas cosas no se sostenían frente a la evidencia”. A la hora de abrasar una carne, por ejemplo, de lo que se trata es de crear un sabor distinto dorando la superficie; el único efecto que esto tiene en los jugos de la propia carne, contrariamente a la creencia popular, es eliminarlos, secándola. O, también de manera contraria a la creencia habitual, cocer a fuego lento una salsa de tomate la hace más aguada, no al revés.

Cosas como éstas, o por qué solamente hay *mozzarella di bufala* en Campania, la afirmación sorprendente pero veraz de que la mayoría de la gente es intolerante a la lactosa, ¿cómo funciona la levadura?, ¿qué es el gluten?, ¿quién y dónde hizo pan por primera vez?, ¿cómo hacer el mejor *risotto* posible, es decir, cómo convertir el arroz en su propia salsa?, ¿por qué la vainilla es uno de los condimentos más populares del mundo?, ¿qué relación existe entre las algas y el glutamato monosódico?



Harold McGee

Hoy en día, lejos del tratamiento de hereje que recibió de parte de muchas luminarias de la cocina allá por 1984, McGee es, para volver a Buford, “la persona más importante del mundo que escribe sobre cocina”. La experimentación llevada a cabo por Ferran Adrià, “el mejor cocinero del mundo” a decir del *New York Times*; o la “gastronomía molecular” de ese otro visionario que es Heston Blumenthal; o el “inigualable en su manera de integrar explicaciones y recetas”, según McGee, *Cook Wise* (1997) de Shirley Corriher, serían impensables sin la existencia de *La cocina y sus alimentos* y de su curioso e inagotable creador. ¿Por qué? De nuevo Buford: “Porque él entendió que la comida es mucho más que simplemente comida, él entendió que la comida, lo que cocinamos y comemos, tiene que ver con la historia, la química y la cultura en general, con todo aquello que nos hace humanos”.

McGee, por supuesto, mantiene su curiosidad intacta, al igual que su afán divulgativo. Una segunda edición de *La cocina y sus alimentos* apareció en 2004 y aumentó en doscientas páginas las 684 de la original. Es ésta la que se ha traducido finalmente al castellano. En la actualidad, McGee trabaja en una tercera edición que, se cuenta, excederá

sin rubor la barrera de las mil páginas. Si la creatividad humana a la hora de ponerse frente a los fogones no tiene límite, ¿por qué habría de tenerlo su empeñoso compilador?—

— DIEGO SALAZAR

[Harold McGee mantiene una columna mensual en *The New York Times* que puede leerse en su página web: www.curiouscook.com]

CIUDADES EL SILBIDO DEL AFILADOR

Rascacielos y rebaños de ovejas. Fue una de mis primeras imágenes de Madrid: las ovejas pastaban —Dios sabe qué, en semejante estepa—, entre torres de alta tensión, junto a la autopista, a unos pocos cientos de metros del último rascacielos, la torre del grupo editorial Anaya, por ejemplo; y es que la ciudad, al menos por alguno de sus lados (el nordeste, en dirección a Barajas), termina así, abruptamente, en el desierto, como un pueblo del Far West. Al principio de vivir en Madrid —primeros años noventa— aquello me irritaba: me parecía una ciudad con pretensiones de metrópoli que no se había sacudido el pelo de la dehesa. (Yo conocía la expresión, pero no tenía la menor idea de qué era una dehesa. Y no lo sabía no sólo porque ese especial ecosistema dedicado al pastoreo es propio de Extremadura, principalmente, y yo era de la otra punta de España, Barcelona, sino por el mismo motivo por el que ignoraba qué es una vega, una era o una nava: porque Barcelona, mucho más que Madrid, da la espalda al campo. Con los años, y mediante excursiones a pie o en bicicleta, me he enamorado de las dehesas extremeñas, y me he enterado también de que *El pelo de la dehesa* es una comedia del siglo XIX sobre un tema que en Francia estuvo de moda —nosotros a la zaga, como siempre...— en el XVII: un marqués arruinado quiere casar a su hija con un rico palurdo campesino.)

No eran sólo los rebaños. Era también la arquitectura de ciertos barrios de Madrid, como ese que se conoce por distintos nombres (Centro, Justicia, Malasaña...) aunque ninguno tan hermoso como el que se le daba aun antes de la guerra, y que Rosa Chacel utilizó como título de una de sus novelas: *Barrio de Maravillas*. En ese barrio y alrededores hay muchas casas, amplias, cuadradas, con viejos tejados rojos rematados por una hilera horizontal de tejas pintadas de blanco. Igual, sólo que con cinco pisos, que las casas de los pueblos manchegos. Es el mismo principio que rige los rascacielos más antiguos de Manhattan: un prototipo tradicional (en el caso de Nueva York pueden ser cosas tan disparas como el palacete rococó o el neotudor británico) agigantado, lo que produce un curioso efecto, de sueño surrealista o espejo deformante... En otros barrios (supongo que depende de quiénes eran —de qué provincia venían— quienes los construyeron en el siglo XVIII o XIX) la arquitectura que predomina no es manchega, sino de Castilla la Vieja: adusta, de país frío y pobre, conventual y guerrero. Secas edificaciones de ladrillo, llenas de aristas, con ventanas enrejadas, que en pleno Madrid evocan el frío de Burgos, la ciudad donde se hizo fuerte Franco, o el barro y la lluvia de Estella, donde el pobre pretendiente Carlos tenía su corte pobretona, su ejército de curas fanáticos y militares melancólicos, derrotados de antemano, que retrata el genial Valle-Inclán en su trilogía sobre la guerra carlista: *El resplandor de la boguera*, *Los cruzados de la causa*, *Gerifaltes de antaño...* En aquel entonces, y hasta hace cuatro días, España era todavía España, la España de Azorín y de Baroja y del “me duele España” unamuniano. Luego vino el franquismo, en el que todos a coro habríamos dicho, si hubiéramos podido decir algo, habríamos suspirado bostezando: “me aburre España”... y luego, en dos días, plis plas, a España no la conoce, como profetizó Alfonso Guerra, ni la madre que la parió.

Desde un punto de vista estético, en Madrid lo que disimuló o suavizó la transición fue el ladrillo. Del hosco

ladrillo castellano pasamos sin darnos mucha cuenta al ladrillo pobretón, con ventanas de aluminio y bicicletas en los balcones, de barrios como Esperanza, y al ladrillo pseudo-británico de barrios pseudo-elegantes en torno a un centro comercial pseudo-americano, como Arturo Soria. Mirábamos la modernidad, los McDonalds, los rascacielos... —olvidando los tejados y las ovejas— y nos creíamos modernos.

Nos lo creíamos, hasta que un buen día, entre los chalecitos de ladrillo adosados —cada uno con su verja, su jardincito, su escalerita de la calle a la puerta, su garaje y su caseta del perrito, y vistas a un hotel (el Conde de Orgaz) pintado de rojo con falsas columnitas blancas—, en medio de ese pseudo-Londresito de cartón piedra en el que sólo nos faltaba salir a la calle con bombín, de pronto, en el silencio, retumbaba, retumba, un grito áspero: “¡Chamarileroooooo...!” Y entonces no hay más remedio que reconocer que el silencio reinante no es un silencio civilizado y de buen tono, sino estepario; de que Madrid, ya lo dijimos, está plantado en la meseta como un pueblo del Far West, y de que la vieja España nunca muere. Otras veces es el silbido del afilador —con su piedra de afilar, la correa, la bicicleta: no falta nada, ni el mal genio— o una familia gitana con una cabra amaestrada y una pianola chirriante... Todo esto lo he visto yo, con estos ojos que se ha de comer la tierra, para decirlo con palabras procedentes también de esa vieja España que bien mirado, sí muere. La están matando inocentemente nuestros hijos. La mía —trece años— chatea, escucha su iPod, opina sobre Britney Spears y dice “mola mazo”, pero jamás oyó hablar de dehesas, hasta hace nada creía que Franco era contemporáneo de Napoleón, y la primera vez que vio un burro exclamó: “¡Oh, un conejo!”... por las orejas. Y porque a ambos los conocía igualmente —únicamente— por los dibujos de sus libros de cuentos.

Por el momento, las dos Españas conviven, creo que pacíficamente. En mi barrio, Chueca, uno de los más representativos en esto —ha pasado en



Del afilador como reliquia

menos de diez años de ser un barrio-barrio, con su verdulería y su mercería y su bar con tapas y churros y el suelo lleno de papeles y colillas, a ser multiétnico, *enrollado*, lésbico-gay, sofisticado, ultramoderno, neoyorquino: tiendas de ropa, gimnasios, bares de copas—, siempre nuestro a los visitantes dos comercios frente a frente, en la calle Gravina: de un lado un zapatero remendón, de esos de covachuela, olor a cuero, desorden bíblico y un cartel a la puerta escrito a mano que anuncia “Se tiñen bolsos” (¿pero alguien, alguna vez, hoy día, tiñe un bolso?), el otro una tienda llamada “Plaisir gourmet. Delicatessen del mundo”, que vende caviar iraní y foie-gras del Périgord.

Yo antes echaba de menos Barcelona, una ciudad, como París o Londres, con mil o dos mil años de historia, que se ha hecho poco a poco. Una ciudad con gótico y románico y modernidad sin sobresaltos, comercial y burguesa, homogénea, una ciudad urbana de verdad, en la que hay que recorrer trescientos kilómetros para ver una oveja.

Ahora ya no. Ahora me he dado cuenta de que esas ciudades ultramodernas y pasadas de moda, neoyorquinas y de pueblo, donde las viejas que hacen la compra en zapatillas comparten calle con el sex-shop gay, las ciudades que han multiplicado su población en unos pocos lustros y que han crecido a saltos, como Atenas, Moscú o México D. F., tienen el atractivo impagable, el encanto atroz, que les da la incongruencia. —

— LAURA FREIXAS

MODAS

LA NOVELA HISTÓRICA Y SUS FANTASMAS

La proliferación de la novela histórica sin duda tiene algún significado (necesariamente plural), aunque quizás no pueda explicarse por parámetros de calidad. Recuerdo una carta de Marguerite Yourcenar en la que expresaba su asombro cuando a raíz del éxito de su biografía del emperador Adriano las editoriales le pedían más textos biográficos. La escritora no lo entendía, porque ella no había escrito su libro como una ocurrencia (“esto puede funcionar”, “en esta anécdota puede haber una buena novela histórica”) sino por pura necesidad de poner en pie a un personaje que la había tocado y cuya vida le parecía especialmente compleja y rica. A pesar de que le dio la fama, Yourcenar fue fiel a la necesidad que le había llevado a escribir ese libro y continuó escribiendo lo que ella necesitaba, conformando el rostro de una verdadera escritora. Sus lectores debemos agradecerse, entre otras cosas porque actitudes así nos ayudan a ser más exigentes, profundos y coherentes, en definitiva: a leer mejor. He oído en estos días a un novelista que ha sido premiado por una obra de este género explicarla diciendo que se encontró con un episodio curioso y pensó que resultaría una buena “novela histórica”. Los editores, encantados. No importa que como disciplina histórica sea mejor o peor, tampoco importa mucho que lo sea como novela, sino que sea un producto híbrido que mantenga en suspenso al lector (y lo acabará suspendiendo). Ciertamente, se puede ser un gran profesional de la biografía, como lo fue André Maurois o Robert Graves, siendo éste último además excelente poeta y estudioso. También hay profesionales de la novela, como los hay de la poesía (Jorge Guillén, Neruda, Juan Ramón Jiménez), aunque siempre se salvan por los momentos en los que la profesión va por dentro, quiero decir: cuando se olvidan de la asunción mecánica del disfraz de trabajo.

En la novela histórica, las peripecias y los personajes preexisten a la novela, o bien sólo los hechos a los que el escritor dotará de personajes llamados a encarnarlos. Es una limitación y un desafío con los que la vieja épica ya contaba al cantar las hazañas del héroe. Desde el *Poema de Gilgamesh* y la *Ilíada* a *Mío Cid*, cierta poesía eligió como argumento los hechos (y las leyendas) de la tribu: una suerte de memoria y de fundación de la sociedad. Como es sabido, la novela tomó el relevo de la épica; pero, hija de la modernidad al fin y al cabo, dejó los datos a los cronistas e historiadores y desplazó su interés hacia la imaginación: verosímil o fantástica, iba a ser la mayor expresión de las pasiones más diversas, de la ciudad, de la política y de la teología. Aunque la novela histórica es hija del romanticismo, ya existía en el barroco teatro histórico (Shakespeare, Lope). La exaltación de lo histórico, de la sociedad, de la clase trabajadora y de los roles de la burguesía va paralela a la crisis del estatuto ontológico. La crítica de los absolutos por Kant, padre del romanticismo en ciertos aspectos, abrió los ojos hacia la pluralidad, atomizó la perspectiva, descubrió héroes insospechados, reinventó la melancolía y fijó la atención sobre el *flâneur*, el hombre cuyo destino es la ciudad, un espacio que se pierde en el espejeo de los rostros, en la resistencia e invitación del otro desconocido. El siglo xx ha sido el espacio en el que se han cruzado los géneros con mayor intensidad, creatividad y virulencia, hasta el punto en ocasiones de la disolución de los mismos. Las vanguardias clavaron una pica cuyo espíritu nacía de una noción del tiempo lineal y furiosa, no menos beligerante que el mundo revolucionario que le es coetáneo. Además, quisieron inaugurar un nuevo tiempo. Frente a las vanguardias: las reacciones a favor de la memoria, la herencia, o bien las convergencias; una suerte de diálogo crítico que trata de situar la dialogía en el centro de la tarea literaria. Lo que abrió las vanguardias no lo cerró su crisis y a lo largo de todo el siglo xx (quizás hasta comienzos de los ochenta) tanto la novela, la poesía como

la crítica literaria conocieron metamorfosis variadas, casi todas ellas bajo el espíritu de dotar de verdad al ejercicio literario, bien por sus temas (literatura comprometida), por sus formas y temas (realismo social) o por sus procedimientos (*nouveau roman*).

Todo esto se ha vivido en España de manera vicaria, aunque en ocasiones con obras de primera calidad, y no es raro que hayamos llegado a la fascinación por la novela histórica en momentos en los que la historia es también para nosotros un problema. No importa que el tema de la historia novelada sea las ambigüedades de un Papa renacentista o un misterio más en la construcción de las pirámides de la meseta de Giza en El Cairo, lo radical es que el lector perciba que lo que la ficción cuenta ha sido real. Cualquiera puede saber que la historia es una interpretación, que no está siendo, y que incluso así (cualquier hecho de actualidad) no puede entenderse sin interpretarlo, sin someterlo al careo de las opiniones; y esto porque no es un objeto de la ciencia, que puede alcanzar un conocimiento objetivo para entendimientos diversos. La historia es controvertida, exige de la imaginación tanto como del escepticismo. Pero la novela histórica, incluso cuando plantea soluciones distintas a un mismo hecho, lo afirma todo *sub specie* narrativa, de ahí, creo, su prestigio, pero ahí radica también su ambigüedad. Por otro lado, el auge de la novela histórica en España aprovecha esta ambigüedad en este otro sentido: lo que la historia no da es sustituido por la ficción y lo que la ficción no puede lo justifica la historia. Dicho de otro modo: no es necesario ser historiador solvente (así sea en el tema acotado), ni novelista capaz, sólo un manejador más o menos hábil, tal vez un esforzado levantador de datos y de páginas apoyado en la práctica periodística. En España ha habido poca novela imaginativa, ni para adultos ni para niños; ha primado el realismo (tan exaltado, por ejemplo, por Gerald Brenan en su estupefante historia de nuestra literatura), pero ahora hemos encontrado, insertos ya en la indeterminación globalizadora,

un género que nos da Historia cuando parece que la perdemos, y ficción, cuando ya no soportamos tanta historia. Los editores (“grupos editoriales”) que saben porque venden, no pierden el tiempo y patrocinan la novela histórica como antes patrocinaron la novela —contra el resto de los géneros, salvo el puntual testimonio político—, y quizás ayuden ahora a bajar aún más el nivel de la novela, que antes entronizaron. Que la historia es tema de grandes novelas, es incuestionable (*La educación sentimental*, *La Cartuja de Parma*), sólo que para serlo han de ser, en principio y desde el principio, buenas novelas. Un escritor de novela histórica no puede tener la mitad del libro escrito antes de comenzar, algo con lo cual parece contar la gran mayoría de los que hoy, frívola y ancilarmente, perpetran el género. —

— JUAN MALPARTIDA

FOTOGRAFÍA MODOS DE ENVEJECER

Como que no había razones para rejuvenecer.
M. Shólojov en *Sangre extraña*
1969, París.

Una anciana elegante y tierna mantiene en alto *Le Figaro* en la Brasserie Lipp de St.-Germain-des-Prés pero no lo lee. Dos mesas más acá, una muchacha de esbelta figura y cortísimo vestido se concentra impertérrita en el suyo. La dama mira con escrutinio a su joven vecina. La reconoce atractiva, con seguridad le parecerá una revoltosa más, acaso la juzgue y repruebe, incluso podría envidiarla. Una ceja hostil la delata..., y Henri Cartier-Bresson estuvo allí para capturar el instante preciso.

Si la viejecita de la Brasserie Lipp conociera Sun City, habría sido —supongo— menos severa. Delbert E. Webb (1899-1974), un magnate californiano, copropietario de los Yankees, materializó esta utopía cuyo nombre recuerda aquella otra propuesta por Tommaso Campanella. Webb inauguró el complejo residencial el primer día



Henri Cartier-Bresson, *Brasserie Lipp, París, 1969*

de 1960 a las afueras de Phoenix con tanto éxito que poco después mereció un reportaje de portada en *Time*. Sun City es el auténtico paraíso (artificial) de los *snowbirds*, como se llama en Norteamérica a las personas mayores, generalmente pensionados, que huyen en los inviernos hacia el sur. Esta red de ciudades sol serpea por los estados del sur: California, Arizona, Nevada, Tejas, Florida, Carolina del Sur... Tan sólo en las localidades desarrolladas en Arizona habitan más de cuarenta mil personas.

En la inigualable Sun City todo sucede excepto el tiempo. Hoy día ha devenido, para efectos prácticos, en una marca comercial exclusiva para los mayores de 55 años —la media de edad está arriba de los 73 años. Mudarse allí (no hay cabida para retirarse, sólo para mudarse) significa

algo más que eludir el frío: se escapa a la impiedad de la vejez. Como lo delata su propio nombre, el verano es eterno, y también la juventud. “Aquí no hay tiempo para envejecer”, constata Ria Schwärzel.¹ He ahí su éxito. A diferencia de la parisina pillada por Cartier-Bresson, los ancianos de Sun City no miran con resquemor a los (inexistentes) jóvenes porque, al imitarlos, viven en un eterno fin de semana: campos de golf, bolos, piscinas, talleres para el trabajo artístico y manual, centros de ocio, gimnasios, jardines, teatros y cines, recintos musicales, tiendas... nada falta en esta arcadia solar.

Sin embargo, ante la perspectiva demográfica actual y sus tendencias, que rebasan las estructuras hoy existentes, resulta imperioso imaginar nuevas soluciones. De este lado del Atlántico preocupa la articulación de tres factores: la decreciente tasa de natalidad, la longevidad de las nuevas generaciones y la cada vez más temprana jubilación. Los analistas calculan —por referir el caso alemán— que hacia el 2050 la población mayor de sesenta años se duplicará en el país, para representar a más de cincuenta por ciento del total. Mantener las estructuras aún vigentes implicaría doblar el personal al cuidado de los ancianos, algo económica y estadísticamente inviable.

La profesora Christa Olbrich (Maguncia, Alemania) sugiere que la solidaridad sería la respuesta adecuada a dicha problemática. Consecuentemente dirige un programa piloto en una comunidad *multigeneracional* donde muchas personas de edades diferentes comparten zonas comunes y se ayudan entre sí. El trato con gente joven ofrece a las personas de más edad la posibilidad de mantenerse activos, de prestar ciertos servicios a otros, en una palabra, de enriquecer a otros con sus años y experiencia. No son pocos los que han encontrado un

sentido a cada día. A cambio, alguien cuida de ellos. Los niños, por su parte, aprenden a respetar y valorar a los mayores.

El Foro para la Vida en Común² constata que los ancianos evaden ahora las residencias de retiro y buscan nuevas opciones para continuar integrados en la sociedad. En el transcurso de este año, por ejemplo, ha recibido alrededor de quince mil solicitudes. Dicho foro agrupa no sólo a los interesados en compartir su vida con otros, sino a todos aquellos relacionados por una u otra razón con estos hogares *multigeneracionales* como abogados, arquitectos o constructores. Poco a poco toma cuerpo una pequeña revolución que redefine aspectos legales y técnicos de construcción: rampas para sillas de ruedas y carritos, supresión de escaleras, espacios generosos, e incluso detalles prolijos como la instalación de picaportes y apagadores a una altura cómoda para todos. Otros complejos más ambiciosos incluyen tiendas, áreas recreativas y consultorios médicos.

También en Estados Unidos comenzaron a multiplicarse a partir de 1990 los hogares *multigeneracionales*. A diferencia de los alemanes, ellos se reúnen ante todo con parientes en diferentes grados sin albergar a desconocidos. Según el último censo, ya cuatro por ciento de los hogares en el país son de este tipo, y el porcentaje aumenta sin pausa.³ Este fenómeno revierte la tendencia de los ciento cuarenta años anteriores, en los que el número de habitantes de cada casa se encogió siempre.

Nos son desconocidos los sentimientos que habitaban a la anciana de la Brasserie Lipp. Cabe tan sólo conjeturarlos. Sí podemos asegurar, en cambio, que en este nuevo modelo de vida un anciano alemán difícilmente reprobará con la mirada a su vecina, aun cuando vista faldas tan cortas como las octogenarias tenistas de Sun City. —

— ENRIQUE G DE LA G

¹ Cfr. Nina Rehfeld, “Zum Sterben hat man in Sun City keine Zeit”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung-Feuilleton*, octubre 18, 2007, p. 46.

² Forum Gemeinschaftliches Wohnen e.V. (www.fgwa.de).

³ Cfr. Mireya Navarro, “Families Add 3rd Generation to Households”, *The New York Times*, mayo 25, 2006.

DIARIO INFINITESIMAL GRANDEZA Y RIESGO

Estoy en Costa Rica. Todas las mañanas camino dos cuadras muy chiquitas y entro a comprar el periódico *La Nación*, el mejor de aquí, a una miscelánea (“pulpería”), y ahí adentro escrito en un pizarrón con buena letra se lee un letrero que refleja bien la ingenuidad, calor, delicadeza y cortesía de esta gente. Dice:

Duelo
La amiga de todos
Señora Olga Marta Ularte Rojas
(doña Olguita)
Desde el 31 de diciembre está en la presencia del Creador.

Viajar en un vehículo mirando cómo va desarrollándose el paisaje de selva, bosque, tierra de labranza, playa, cómo se dibujan los cerros o aparece el volcán o el río con su salto de agua, cómo viene la niebla, sutil estado de la materia, que acaricia las frondas en el *rain forest*, pero frío, selva fría, espécimen raro como una orquídea enana, cosa emocionante es en este país, en el que, sin embargo, la suprema gloria no es de topografía, clima, flora o fauna, sino es humana y simple, y consiste en que los campesinos que pueblan estos paisajes pueden ser pobres, pero que la suya es pobreza digna, humana, y no la incuria desesperada e inhumana que llena los campos de nuestro desdichado país. La paz, decían los escolásticos, es hija de la justicia y donde no hay justicia, como en México, no puede haber paz ni seguridad de ninguna especie. (Esta última observación se desliza inesperadamente en calidad de fervorín de año nuevo.)

Pero, en fin, no sólo fui a Punta Leona, a Siquisirí o a La Fortuna, donde descubrí entre las hierbas un tucán mordisqueando un plátano, sino fui solo al centro en taxi y tomé café en las mesas de mármol del Teatro Nacional, eché ojo a los libros de por ahí y adquirí *La*



Henri Rousseau, *Explorador atacado por un tigre*, 1904

vida de Cristo, según el Evangelio, del sabio y santo padre Joseph Lagrange, fundador, no sin obstrucciones y amenazas de la curia romana, de la École Biblique de Jerusalén, con su *Revue Biblique*, ambas de feliz memoria.

Y también fui al cine. Una película de ciencia ficción con Will Smith, *Soy leyenda*, que empieza más o menos bien y de inmediato se desploma en esa banalidad lerda tan frecuente en los actuales guiones hollywoodenses. Pero antes de entrar en somnolencia, advertí en la película un detalle, que es de lo que quiero hablar: El último habitante de Nueva York, que como diría Bernard Shaw parece más una especie de cartero que un desesperado sobreviviente, tiene en su casa cuadros sacados de los museos que a él le gustan o lo inspiran o lo que sea. ¿Cuáles son los cuadros? Dos son de Van Gogh y uno, muy grande, del Aduanero Rousseau. Dos ahora famosísimos artistas colmados de gloria estética. Pero, y éste es todo el punto, en su tiempo pintores valientes, audaces, de gran riesgo, tanto que sus contemporáneos los tuvieron por locos. Van Gogh, que se creía fracasado (vendió

un solo cuadro en vida), se mató, y Rousseau tomó la incompreensión a la ligera: “Los dos grandes pintores de esta época somos Picasso y yo; él en el estilo egipcio, yo en el moderno”, aseguró sin falsas modestias.

La película, sin embargo, es todo lo contrario a la audacia de estos pintores, porque no arriesga nada, quiere ir a la segura, según ese método prescrito por Sid Field que tanto daño ha hecho al cine. Si se arriesga y se avanza en lo oscuro e incierto, se puede fracasar o no fracasar, pero si no se arriesga, seguro se fracasa.

En política es fatal la mediocridad de la falta de audacia. En una ocasión le pidieron a uno de los más altos generales de Hitler, Keitel, que le dijera al Führer que se sospechaba que Bormann podía ser espía soviético, que hacía tiempo enviaba informaciones bajo el nombre de Werther. Keitel se negó porque sabía que Hitler apreciaba mucho a Bormann. “Prefiero perder la guerra a enfrentar la cólera de Hitler”, explicó.

Y, bueno, en efecto, Alemania perdió la guerra. —

— HUGO HIRIART